

Vicente Garrido

# AMORES QUE MATAN

Acoso y violencia contra las mujeres



Este libro puede salvar tu vida

En el periodo que va desde septiembre de 1999 hasta noviembre de 2000 tuve la oportunidad de entrevistar a 35 mujeres. Algunas de sus historias están en este libro, pero todas ellas me enseñaron muchas cosas, y me sirvieron en gran medida para escribirlo. Quisiera agradecerles su tiempo y el interés que tuvieron en hablar conmigo. Cualquier dato de sus testimonios que pudiera afectar a su seguridad (nombre, lugar de procedencia, empleo, etc.) ha sido modificado.

También deseo agradecer a diferentes profesionales la ayuda que me están prestando en la elaboración del proyecto Acoso: Lola Ramírez, Óscar Strada, Mari Pau Rosas, María José Campo, Yolanda Martínez, Paola González, Natividad Castelló y Raquel José Cháfer.

Quisiera agradecer al fiscal de Sevilla Luis Fernández Arévalo su siempre entusiasta colaboración en todo lo que le propongo.

A todos los lectores de mi libro anterior, *El psicópata*, les debo un reconocimiento, por animarme a escribir de nuevo.

A Paola González Gil, gran amiga y profesional, por sus acertados consejos e ideas al hilo de la lectura que tuvo la amabilidad de hacer de varios de los capítulos del libro.

A Reyes Hortigosa, quien ha dado sugerencias valiosas para la redacción final.

A María José Campo, que en una sesión de *brainstorming* en mi casa tuvo la idea que andaba buscando desde hacía meses: un título para este libro, riguroso y fácil de recordar.

Y a mi editorial, Algar, en la persona de Manel, un editor de los de antes, y a José Félix, por «descubrir» al psicópata, mi libro anterior en esta editorial.

*Dedico este libro a mi hija Lorena,  
que hace del amor un don,  
un hálito de vida en el corazón  
de las tinieblas.*

No podemos perdernos el uno del otro.  
Recorreré los astros durante milenios.  
Adoptaré todas las formas,  
todos los lenguajes de la vida  
para poder encontrarte una sola vez.

HÖLDERLIN

*...Y al club de los sobrevivientes,  
estén donde estén sus miembros.*

## 1. INTRODUCCIÓN

En 1996, un hombre de la ciudad italiana de Terni, cien kilómetros al norte de Roma, fue detenido por la policía cuando paseaba a su ex mujer por la calle *atada con una cuerda*. Este hombre, Dario Palenga, tenía 46 años, y había esperado pacientemente a que su mujer, que había buscado protección en un centro de acogida junto con sus dos hijos, saliera a la calle para abordarla. Entonces ató a Rebecca Arco, de 26 años, con una soga por la muñeca y se la llevó consigo a la fuerza. La mujer lloraba desconsoladamente, y los viandantes llamaron a la policía, quien encontró a la pareja esperando el autobús.

Esta escena es pura tragicomedia, porque al dolor y al miedo de la mujer se une un comportamiento ridículo y cruel por parte del hombre. Desgraciadamente, como sabes, estas escenas, y mucho peores, son pan de cada día en Italia, en España y en todo el mundo. Este libro trata de ayudarte a comprender cómo son estos personajes ridículos, crueles y *muy peligrosos*. Y, lo que es más importante, quiere enseñarte cómo debes protegerte de sus ataques y cómo puedes utilizar tus recursos personales para detectarlos y evitar, cuanto antes, unas conductas que están íntimamente relacionadas: el acoso, el abuso emocional o psicológico y la violencia física.

A finales del año 2000 todos pudimos observar en los medios de comunicación una campaña de «concienciación» acerca de la agresión contra las mujeres en el hogar. Constaba de anuncios en la radio y en la televisión que ponían los pelos de punta (y donde los padres, de modo genérico, no dejábamos de sentirnos incómodos ante la acusación de

violencia que se lanzaba, sin mayores explicaciones, a los hombres violentos que eran asimismo padres), y también incluyó anuncios en la prensa en los que se presentaba la siguiente relación de medidas para «combatir la violencia contra las mujeres».

El lema general era «acabemos con la violencia» y la propuesta incluía los siguientes puntos:

1. Educar desde la infancia en la no violencia.
2. Cambiar las ideas culturales erróneas.
3. Denunciar los casos de violencia y maltrato.
4. Compartir los trabajos domésticos y el cuidado de los hijos e hijas.
5. No discriminación en el trabajo. Igualdad de oportunidades.
6. Que el trabajo doméstico de la mujer no sea menospreciado.
7. Hacer grupos mixtos para que nos relacionemos y aprendamos a estar juntos y respetarnos.
8. Tomar decisiones conjuntas hombres y mujeres respetando las distintas opiniones.
9. No considerar a la mujer como una esclava ni objeto sexual del hombre.
10. Ley mundial que prohíba la mutilación genital femenina.

Dejemos a un lado el punto 10, que se excede de lo que vamos a discutir en este libro, y reflexionemos sobre el resto. Aquí aparecen dos tipos de medidas distintos, atendiendo a la inmediatez con la que se pueden poner en práctica. En efecto, algunas parecen posibles mañana mismo, si hubiera voluntad en los responsables políticos (no discriminación en el trabajo e igualdad de oportunidades) o una mayor capacidad de decisión en mujeres, familiares y vecinos (denunciar los casos de violencia y maltrato).

Pero el resto se me antojan medidas a muy largo plazo en cuanto a sus efectos (educar desde la infancia en la no violencia y cambiar las ideas culturales erróneas) o meros desiderátum, como los buenos deseos contenidos entre los puntos 6 y 9.

Así pues, para acabar con el problema *ahora*, ¿lo único que podemos hacer es denunciar con más ahínco al agresor y pedir una política laboral no discriminatoria? Sé, por supuesto, que «acabar» un asunto como la agresión hacia las mujeres es sólo una forma de hablar; estos problemas nunca se «acaban», y lo que se quiere decir en realidad es que precisamos detener esta violencia inagotable (en dolor y muerte), y disminuirla de modo sustancial.

Pero aun así, francamente, estas medidas me parecen claramente insuficientes para dar una respuesta a la mujer que, *en el presente*, está en una época de su vida en la que corre riesgos de iniciar una relación violenta con un hombre. ¿Cuáles son esas mujeres? Todas. *Todas las mujeres, en mayor o menor medida, corren ese riesgo.* Y desgraciadamente, denunciar más —algo que sucede *después* de la agresión— no es eficaz para prevenir ese riesgo.

Este libro tiene la decidida vocación de resultar útil a toda mujer que piense que el amor lo puede todo, que su corazón «no se puede equivocar», o que todo hombre es realmente lo que aparenta. Plantea que la justicia, por su propia naturaleza, nada puede hacer para prevenir la mayor parte de las agresiones a las mujeres, y que las medidas educativas generalmente propuestas para conseguir una sociedad más igualitaria y menos sexista no darán su fruto hasta dentro de muchos años —si es que desde ahora nos ponemos manos a la obra en llevarlas a la práctica—, cuando tú, querida lectora, y tus hijas, ya no las necesitéis realmente.

En mi opinión, muchas de las cosas que se dicen sobre la agresión a las mujeres, aunque bien intencionadas,

son de dudosa efectividad, cuando no contraproducentes. Por ejemplo, consideremos la sempiterna llamada a que denunciemos. Una denuncia puede provocar, en determinados casos, la precipitación de un acto de violencia furiosa hacia la denunciante, y en otros muchos no parará la agresión continuada. *Una denuncia, si no hay una protección efectiva de la mujer, puede ser una mala decisión.*

Sé lo que piensas: «Bien, esto ocurre porque la justicia no actúa, realmente, en consecuencia, y el agresor se queda en su casa mientras que su víctima tiene que ir —en el mejor de los casos— a una casa de acogida». Estoy de acuerdo. Como explico en el capítulo «La respuesta a la violencia», la justicia ha de ser más expeditiva, más humana, ha de estar más en consonancia con los conocimientos criminológicos que tenemos sobre esta cuestión. Pero aun así, no podemos pedir a la ley que ponga entre rejas de por vida a alguien que ha dado un puñetazo y ha empujado a su mujer, dando inicio, de este modo, a un proceso de violencia habitual. La ley, en un Estado de derecho, ha de guardar una proporcionalidad y unas garantías procesales. Pero, de todas maneras, lo que quiero decirte es que no podemos, no debemos depositar en una justicia más dura la esperanza de intentar mitigar *de modo importante* la agresión a las mujeres.

¿Cuál es la opción, entonces, si la respuesta actual no está en la justicia y las reformas educativas y sociales no surtirán efecto hasta dentro de muchos años? Ésta es la cuestión central que se discute en este libro. Lo que yo te propongo es algo menos rimbombante pero más eficaz: aprende a reconocer quiénes son los hombres peligrosos, dispón del conocimiento que poseemos sobre los hombres que tienen la mayor probabilidad de agredir psicológica o físicamente a sus parejas.

Quizá lo que propongo no sea muy espectacular, pero intentaré demostrarte que es el mejor sistema que ahora



puedes poner en práctica (no dentro de veinte años), *el que ahora puede ahorrarte años de sufrimiento y violencia, el que, en algunos casos, puede salvarte la vida.*

El siguiente caso —el de Covadonga Roseta, fundadora junto a Carmen Domingo de la asociación Tamaia contra la violencia familiar—, lo considero un ejemplo perfecto de los errores tradicionales que suelen darse en el manejo de la relación que acaba en una agresión sistemática hacia la mujer.

Covadonga Roseta era una joven ingenua y religiosa cuando sucumbió ante *la fascinación* de un hombre que encarnaba su antítesis. De alguna manera, Roseta creyó que debía «salvarlo» de sí mismo y su afición a las drogas, al alcohol y al juego. Entre los 18 y los 28 años, vio y vivió lo inimaginable. Igual que un día su casa se transformaba en un laboratorio de manipulación de cocaína, al otro acogía a mujeres atrapadas en una red de prostitución. El menudeo de droga era constante, tanto como las palizas.

Nunca lo denunció, ni cuando intentó tirarla por el balcón, ni cuando llegaba al amanecer preso de un ataque de celos y la despertaba para maltratarla: «Aguantaba porque no veía cómo salir y también porque cada vez se mermaba más».

Un día acudió a una trabajadora social para pedir ayuda para él por su toxicomanía y la derivaron a una psicóloga, que la «despertó». Su marido abortó su primera fuga con «el secuestro de las niñas». Covadonga Roseta volvió a convivir dos meses con él, ya con la firme idea de preparar una huida sin retorno: «En el juicio me dijo que la muerte era poco para mí, pero luego nos dejó en paz, sólo llamaba para pedirme dinero».

Los puntos que quiero destacar de esta terrible historia, «modélica» en demostrar la dinámica del abuso, son justamente las tesis centrales de este libro. En primer lugar, el caso de Covadonga ilustra la importancia de contar con un sistema de justicia y de protección social al alcance inmediato de toda mujer que lo precise. Covadonga «despierta» cuando la psicóloga le abre los ojos y la convence para que acabe con esa pesadilla (capítulo 9).

En segundo lugar, podemos observar que su marido, como respuesta a la fuga de su mujer, la somete a acoso llevándose a los niños y amenazándola —explícitamente, o como mínimo de manera velada— con dañarlos si ella no aparece. Yo creo que hay dos grandes tópicos desconocidos en el universo de la violencia de género. Uno es la personalidad psicopática de los agresores más sistemáticos, de la que más abajo hago una pequeña presentación, y el otro es el acoso. Espero poder demostrarte en relación con el acoso que: *a)* es, en sí mismo, un impresionante método de terror psicológico; y *b)* que en determinadas circunstancias es un predictor muy importante de la violencia física e incluso del asesinato (capítulos 2, 3 y 8).

En tercer lugar, vemos como ella fue incapaz de reconocer las innumerables señales de peligro que presentaba esa relación para su salud psíquica —como mínimo— y física. ¡No estoy echándole la culpa! Asevero que la falta de conocimiento en las mujeres de los indicadores de violencia en las personas que conocen y de las que se enamoran es un elemento decisivo para evitar que entren en esa relación (capítulos 4, 5, 6 y 8).

En cuarto lugar, Covadonga comete el error de creer que la fuerza de su amor lo puede todo (¡una creencia de la que yo también participaba!); cree que puede cambiar a la persona que ama, y comete un error mayúsculo porque *ella no puede conseguir que la gente haga lo que no quiere hacer*. Esta creencia irracional está detrás de los orígenes de mu-

chas relaciones de violencia: la mujer no hace caso a su instinto, que la avisa (de modo más o menos sutil, pero lo hace) de que «ahí hay problemas», y sigue adelante, hacia dentro del «corazón de las tinieblas» —título de una novela de Joseph Conrad que narra un viaje hacia el horror— (capítulo 7).

En quinto lugar, el problema además se acrecienta aquí, porque muy probablemente su marido era (es) un psicópata, y en estos casos estamos ante el depredador de mujeres (en realidad, de cualquiera) más implacable (capítulo 4).

Finalmente, la historia de Covadonga nos dirige hacia el punto de salida de la pesadilla: el fin de ésta se acerca cuando ella comprende cuál es realmente su situación y, pese a todos los obstáculos, toma la firme decisión de romper con sus cadenas. En el libro sostengo *que el conocimiento y el coraje* son absolutamente necesarios para que la mujer se enfrente al hombre violento (capítulos 7 y 9). Las reformas sociales, la justicia y la educación no son suficientes para enfrentarse al fenómeno de la agresión a las mujeres. Son elementos necesarios, pero no suficientes (capítulo 10).

Éste no es un libro contra los hombres, ni quiero alar-  
marte. Los hombres son los principales agresores de las mujeres, pero también de otros hombres. Las principales víctimas de los agresores/hombres son otros hombres. Por otra parte, la mayoría de los hombres no agreden a sus parejas, ni psicológica ni físicamente. Y, por supuesto, es cierto que hay hombres que sufren la violencia de sus parejas. No obstante, esta violencia es principalmente psicológica, y cuando incluye actos físicamente agresivos, suelen ser mucho menos frecuentes e intensos que en los casos donde los agresores son varones.

Las mujeres, se mire por donde se mire, son menos violentas que los hombres (retomo esta cuestión en el capítulo 10). Esto, entre otras razones, *implica una psicología peculiar que las hace especialmente vulnerables ante la agresión en las relaciones afectivas.*

Lo que este libro te propone es que intentes compensar esta desigual preparación para la violencia no siendo más violenta, sino aprendiendo a reconocer durante la etapa del cortejo cuáles son los indicadores que deben ponerte sobre aviso. Para ello necesitas dos armas: un conocimiento mejor de la dinámica de la relación y cómo la agresión puede ser presentida y predicha, y poner tu voluntad y tu energía bien para terminar con una relación antes de que se convierta en algo consolidado, bien para escapar de un círculo vicioso de miedo y violencia en el que quizás habites. *Conocimiento y coraje.* Estos dos son los grandes objetivos de esta obra que tienes en tus manos. Y ésta es mi tesis fundamental: la sociedad debe prestar apoyo para ayudar a salir a las mujeres que sufren violencia; la justicia ha de ser más eficaz en su respuesta, *pero lo más importante que puedes hacer para luchar contra una violencia futura o presente es disponer de conocimiento y coraje.* Conocimiento para saber dónde están los peligros y prevenirlos; coraje para actuar del modo más conveniente.

Cuando publiqué en esta misma editorial el libro *El psicópata*, quedé sorprendido por la reacción que había provocado en muchas personas. Había un denominador común: muchas de ellas habían vivido o trabajado con uno de ellos; o lo que era peor, *todavía* vivían y trabajaban en compañía de psicópatas.

Ciertamente, no todos los casos que me describieron encajaban con este trastorno, si bien podían compartir al-

gunos rasgos (al fin y al cabo mis lectores no tienen que hacer un diagnóstico especializado). Pero fue para mí una sorpresa comprobar con cuánta frecuencia los casos que me exponían se ajustaban, al menos en el conocimiento—incompleto muchas veces— que yo adquiría de los mismos, con el perfil del psicópata.

«Psicópata». Es curioso que en las discusiones y foros de «violencia doméstica» o «de género» apenas escucho este término. Esto contrasta con la vehemencia que mostraban mis interlocutoras cuando me explicaban de qué modo habían reconocido entre las páginas de mi libro a la persona que había arruinado o estaba arruinando buena parte de sus vidas o la de seres queridos. Es posible que se deba a puro desconocimiento; la ignorancia que envuelve a este trastorno es mayúscula, confinado muchas veces a ser un cliché en películas de Hollywood de variado presupuesto.

Pero la investigación dice que entre un 20 y un 40% de los agresores físicos de las mujeres son psicópatas. Y me temo que si pudiéramos cuantificar a los agresores exclusivamente psicológicos o emocionales, el porcentaje en este grupo sería incluso superior. Otra realidad es que la mayoría de los agresores de mujeres más crueles y sistemáticos serán psicópatas.

Creo que, además del desconocimiento, ha habido un énfasis —bienintencionado, pero no siempre de buenos resultados— por parte de las mujeres líderes en la discusión en destacar los aspectos sociales del problema, por encima de cualquier otra consideración. Yo creo que esto era necesario y, es más, todavía lo es. Sin embargo, es mi opinión que no hay ninguna incompatibilidad entre subrayar las circunstancias sociales que pueden fomentar la violencia contra las mujeres y, al mismo tiempo, reconocer que determinados tipos de hombres tienen mucha más probabilidad de ser los agentes de esa violencia.

Es mi firme convicción que una neutralización de la conducta de los psicópatas debe ser una de las prioridades de toda mujer interesada activamente en combatir la violencia de género.